

J. G. C.



Flores Cordiales

MARÍA DE MARSÁN, Contralto del Teatro Real.

Se publica los domingos.

Biblioteca Regional de Madrid

15 céntimos.

ENFERMEDADES DEL PECHO
JARABE DE HIPOFOSFITO DE CAL
DE GRIMAULT y Cia

Universalmente recetado por los médicos, es de gran eficacia en las enfermedades de los bronquios y del pulmón; cura los resfriados, bronquitis y catarros más tenaces, cicatriza los tubérculos del pulmón de los tísicos, suprime los sudores nocturnos, los ataques incesantes de tos que desesperan á los enfermos y les devuelve rápidamente la salud.

PARÍS, 8, Rue Vivienne y en todas las farmacias.

Desconfiad de las imitaciones y falsificaciones.

MARCOS, ESPEJOS,
molduras, grabados y oleografías.

Grandes surtidos en las últimas novedades á precios sin competencia.

J. Prat, Plaza del Angel, 11.

¡¡Á CASARSE!!

Dos jóvenes franceses que acaban de terminar en París, uno, la carrera consular, y el otro la de medicina, desean casarse legalmente con mujer española.

Llegados á Madrid exclusivamente para contraer matrimonio.

Sólo se requiere buena fisonomía y regular educación.

Escribid á este periódico mandando antecedentes y retrato.

ABSOLUTA RESERVA

Industrias nuevas, fábricas modernas, maquinaria eléctrica, centrales, minas.

UDO STEINBERG

(INGENIERO)

BARCELONA

BRUCH, 56.

IMPOTENCIA, DEBILIDAD SEXUAL

Cura pronto y sin peligro, garantizada por el doctor Mateos. ¡Cuidado con tomar algo sin garantía de médico!

TONICO KOCH cura la impotencia producida por neurastenia, debilidad nerviosa, fatiga cerebral, males crónicos del estómago ó pecho, estudios excesivos, convalecencias, continencia, abusos de Venus ó solitarios, pérdidas nocturnas ó á cualquier excitación, etc. Frasco, 9 pesetas. Venta: boticas acreditadas de España. En Madrid: Arenal, 2, y otras. **Con sultas gratis** y por carta los de provincias.

Doctor Mateos, Preciados, 28. 1.º

MADRID

COLEGIO HISPANO

1.ª Y 2.ª ENSEÑANZA

Preparación para carreras militares y especiales.

Magníficos resultados en las últimas convocatorias.

Honorarios módicos, rebajas á los huérfanos é hijos de militar.

Internos, medio-pensionistas y externos.

BARCO, 21, 2.º

Próximas convocatorias para Telégrafos y Policía.

Profesorado competentísimo, Ingenieros civiles, Oficiales del ejército, Abogados, etc.

BARCO, 21, 2.º (esquina á la Puebla).

Flores Cordiales

SUSCRIPCION

Trimestre..... 1,50 pesetas.
Extranjero, un año..... 9 francos.

PAGO ADELANTADO

Se publica los domingos.

Redacción y Administra-
ción: San Andrés, 19.

==== Apartado de Co-
rreos, número 48. ====

GERENTE: R. LÓPEZ MORA ✕ DIRECTOR: GONZALO DE QUIRÓS

MI PARÁCLETO



Manchada de sangre y chorreando brutalidad por sus siete días pasa á la Historia la semana anterior. No sé qué sería de nuestro pueblo, más aburrido que pobre, si de vez en cuando no viniera un criminal á proporcionarle su buena ración de emociones, tanto más vivas é intensas cuanto que ahora el automóvil y el cable eléctrico comienzan á

tir, y existe, sin duda—y nosotros somos una prueba de ello y Turquía otra—, el salvajismo ilustrado. Se puede saber leer y escribir, y hasta componer versos, y ser un perfecto animal y cafre por convicción. Nuestros salvajes, lo mismo los de las ciudades que los de las aldeas, no andan con las carnes al aire y el taparrabos en la entrepierna; pero aquí sí que viene bien aquello de *el hábito no hace al monje*. Por mucha estameña que usemos no podremos encubrir la bestialidad que nuestros salvajes llevan en el alma.

sustituir los antiguos chirimbolos del crimen: la repugnante faca y el pistolón y la garrota. Así como antaño tuvimos el *despotismo ilustrado*, ahora tenemos el crimen civilizado y europeizado.

Vean los pesimistas y malos agoreros que nos ensombrajan la vida cómo nos diferenciamos de Marruecos, más, mucho más de lo que las gentes extranjeras creen y dicen por ahí.

Acaso no convenga que nos civilicemos tan de prisa, rompiendo toda nuestra tradición histórica y dejando de ser, como hemos sido desde que expulsamos á moros y judíos, un contrapeso de los esfuerzos que las demás naciones hacían para libertarse y educarse. Entendiéndolo así, nuestras Cortes soberanas continúan entonando cantos líricos á la política pedagógica; pero el presupuesto de Instrucción pública, que es el pan de maestros y profesores, no parece mejorado ni aumentado.

Es sencillamente cómico que un país como España, que quiere hacer valer derechos históricos para intervenir en Marruecos y andar luciendo la persona en obras de civilización, mantenga á sus maestros de escuela con pura cordilla y tenga dos terceras partes de su población en el más apacible y plácido de los salvajismos.

Para consolarnos con un nuevo engaño, hemos decidido que la medida de la civilización está en la proporción de analfabetos, y así hemos convertido en termómetro de nuestra cultura la casilla del censo donde los ciudadanos declaran si saben ó no saben leer y escribir. Hay algunos millones que no saben; pero, aun así, la cifra no es tan aterradora que otros países, monarquías cristianas como la nuestra, no las tengan semejantes.

Pero, seamos sinceros y confesemos que puede exis-

Tal es el hecho, acaso relatado con alguna crudeza, pero no con tanta como su realidad exige; que ahora que andamos en luchas de patriotismo y de patriotería, fuera gran empresa; honradamente nacional, la de predicar que antes de ir á Marruecos, donde á su manera también tienen su civilización y su aristocracia intelectual, nos civilicemos á nosotros mismos. Fuera la obra fácil y sencilla si nuestros gobernantes no creyeran que lo que aquí conviene es que el pueblo sea bruto é ignorante, y al que no le parezca bien que emigre, que aquí no se detiene á nadie y el mundo es ancho y encierra naciones y regímenes para todos los gustos.

Hace cincuenta años que venimos repitiendo que nuestro presupuesto de Instrucción pública es una vergüenza nacional; pero, en verdad, nos va tan ricamente con ella en el rostro. Los maestros no se quejan con alborotadas voces del mísero condumio con que el Estado les sustenta, y los ciudadanos tampoco parecen preocuparse de la adversa suerte de los educadores. Si les va mal de maestros, que se metan á chamarileros ó á contrabandistas y andarán más á los alcances de la fortuna, y si aconteciera que España se quedara sin maestros, ya acudirían á sustituirlos las Ordenes religiosas, que sin estipendio ni interés material y liviano alguno se perecen por las escuelas y las cátedras. Al cabo, enseñar al que no sabe es una obra de misericordia, y no una función social como aseguramos cuatro locos de atar que aquí andamos sueltos, por benevolencias inexplicables.

Así, pues, compremos barcos, mantengamos el esplendor de la monarquía, lancémonos á guerras, y dejemos que las escuelas se hundan y los maestros se mueran de hambre.

Quien quiera aprender que aprenda. Por salvajes que nos declaremos, nunca nos faltarán abogados que nos gobiernen, y al que le parezca mal que emigre, que en esta libérrima nación no se detiene á nadie. Casualmente, lo que sobra aquí es gente..

Dionisio PEREZ.

GLORIA

—Es necesario que esta vez lo celebremos fuera de Madrid—dijo Gloria—. Es preciso que pasemos una gran semana de amor, solos, en un rincón ignorado, bello y silente.

Roberto, que la miraba sumido en éxtasis, cogió una de sus manecitas—la siniestra, la del corazón—, apasionada ahora en la funda perfumada del guante de cabritilla, de color corinto, y se la llevó a la boca; permaneció así un instante, y después preguntó:

—¿Te acuerdas? ..

Su pálido rostro de icona bizantina tomó una deliciosa coloración grana. Quedamente murmuró:

—Sí... me acuerdo.

—Era Pascua Florida, el domingo de Pascua.

Ella le miró emocionada, con una sonrisa feliz en la boca roja, brillantes los lagos azules de sus lindos ojos,

lagos que el bosque de sus doradas pestañas defendía.

Roberto, exaltado por el recuerdo, continuó:

—Te veo aún como aquel día. ¡Qué impresión tan fantástica me causaste! Era la primera hora de la tarde. Ibas con mantilla blanca y llevabas en el pecho dos rojos claveles, enormes gotas de sangre sobre el raso negro del vestido. A tu lado, Paco, irreprochable, hecho un *dandy*, se ufanaba de sus bigotes rubios, de sus brillantes y de su desgaire de hombre corrido. Yo estaba parado ante la librería de Fé, en la Carrera; cuando saludé a Paco, tú me miraste y me diste el milagro de una sonrisa... Sin saber lo que hacía, os seguí...

Gloria, confusa, replicó:

—Cállate, gato mío...

Hubo una pausa larga; ella la rompió:

—Roberto... ¿Dónde iremos? Decídetes. Mañana es primero de Abril.

Él no la oía; pensaba en lo feliz que había sido desde que la conoció. Gloria insistió:

—Pero es necesario que nos vayamos muy lejos... ¿No conoces tú un lugar tranquilo, casi sin gentes, con muchos árboles?

—¿Quieres ir a Burgos?

—¡Burgos! ¡Qué encanto!

Y palmoteó con alegría de niña a quien se ofrece llevar al teatro.

—¿No lo conoces? Verás: figurate una ciudad de ensueño, silenciosa, hasta el punto de parecer deshabitada; ventanas cerradas, callejones sinuosos y grises donde crece la hierba; un capuchino que atraviesa meditativo una plaza con soportales; un clérigo con el breviario en la mano; un coche de caja antiquísima y del cual descendiendo un señor estirado en su levita negra y con su copalpa de hace cinco modas; una torre esbelta sobre un mar de tejados; un reloj en el que suenan las horas lentamente; un mendigo escapado de una novela clásica; una vieja con traje de paño obscuro y basto, y la aceitera en la mano; de repente, al fondo de una plaza, un milagro, la Catedral.

Gloria, como si soñara, murmuró:

—¡Qué paz!

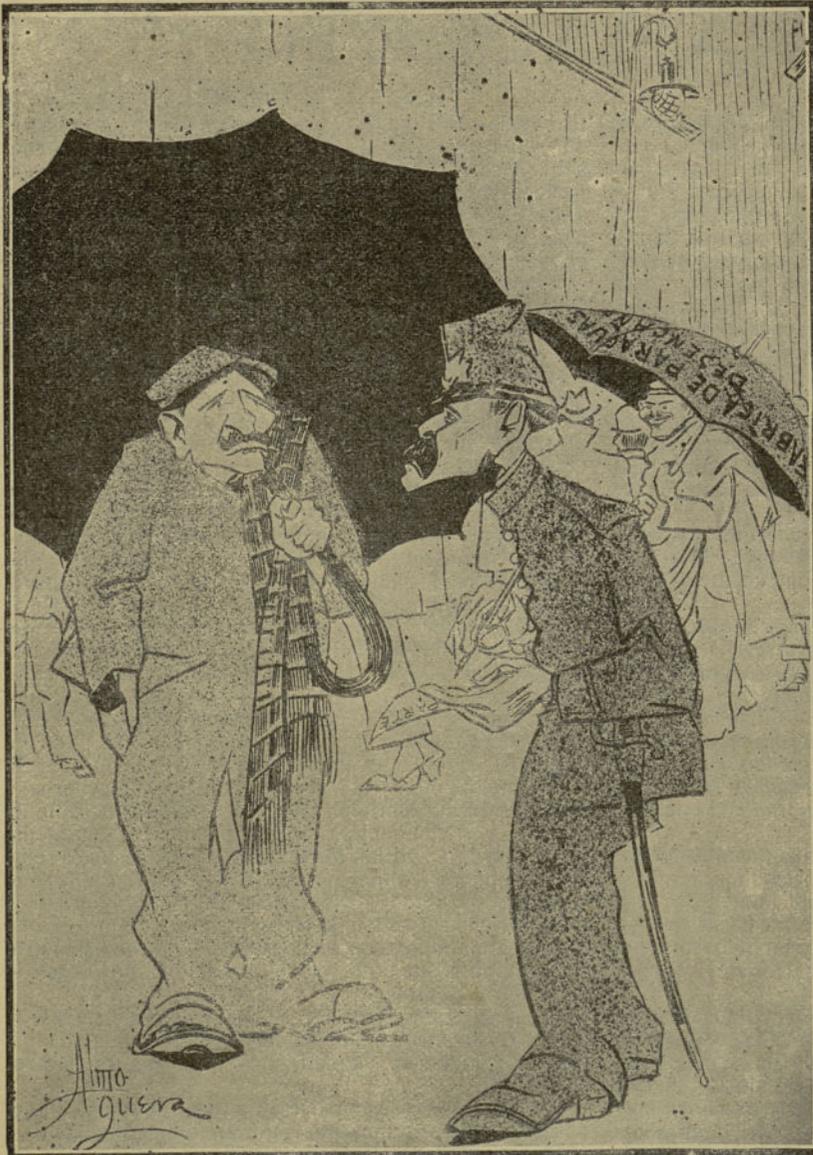
Sus ojos se velaron; dentro de ella el espíritu de la vieja ciudad muerta imperaba.

Cándidamente y con mimo, exclamó:

—¡Llévame a Burgos!. Yo soy muy devota.

Y se replegó por completo a los pies de su amado, se abrazó a sus rodillas, y en ellas reclinó el casco de oro de su cabellera, invadida de una dulzura sin límites, saboreando por anticipado aquella beatitud, aquel ocio, aquel silencio, que iban a servir de marco a un ramo de siete días felices, dedicados únicamente a su amor...

Dorio de GADEX.



—Pero hombre: ¿no sabe usted que está prohibido abrir los domingos?

—¿También los paraguas?

--¡Y las ostras!

POR LOS ANDENES

VIAJE DE NOVIOS

Ya el sudeXpreso está formado: la locomotora lanza al espacio una densa columna de humo que asciende perpendicularmente; el fogonero acaba de echar algunas paletadas de carbón al horno rojo y ardiente como una entraña; silba impaciente el vapor en la panza del monstruo; las enormes ruedas, conquistadoras de horizontes, aguardan; la biela motora brilla bajo la negra mole de la máquina, dándonos una idea de su formidable poder. Todos los coches de aquel tren de lujo muestran sus interiores sibaríticos, con asientos, muebles y paredes acolchonadas, blandas como regazos; á través de los cristales del *dining-car*, aparecen dos filas de mesitas vestidas de limpios manteles.

Ante la portezuela de un vagón hay varias personas que fueron á despedir á unos recién casados. Todas son elegantes; la riqueza dió al talle de los jóvenes flexibilidad aristocrática, y á los señores, ya maduros, cierto aspecto satisfecho y macizo; las luces del andén les bruñen sus botas de charol y arrancan nimbados reflejos á sus sombreros de copa.

Los novios ocupan el centro del grupo; él, es galán y apuesto; ella, esbelta y delgada; un sombrerito *canotier* toca su cabecita rubia feliz; un traje de corte inglés modela su cuerpo temprano, lleno de esperanzas, de redondeces prometedoras; cuerpo seductor, con las seducciones irrefutables de «lo que ha de ser».

La joven sube al vagón con un frívolo movimiento de pájaro; todos observan su inquietud. Ella penetra en su departamento, se cerciora de que no falta nada, de que las mantas, las sombrereras, los abrigos, están en su sitio; entonces, ya más tranquila, se asoma á una ventanilla. Cubre su rostro la palidez de las emociones terribles, el sobresalto de esos momentos en que sentimos llegado lo inevitable; sus ojos, que han llorado, arden febriles. El amor va á romper ante su inocencia el velo sagrado de Isis; lo ignorado está allí; algo inexplicable le asegura que el mañana no ha de parecerse al ayer. La joven mira á su alrededor, y sus pies tiemblan al sentirse sobre aquel coche que pronto ha de separarla de su casa, de sus padres, de cuanto amó. ¿Seré feliz?, medita. Y á la callada pregunta de su pensamiento, el vagón, aquel hogar irónico y vagabundo, acostumbrado á «pasar», á despedirse de todas las cosas, parece responder con un alzamiento de hombros.

La joven desciende del coche; su madre la llama; desea estar á su lado, palparla, comunicarla ese «algo» muy trascendente que jamás explicamos á decir á las personas queridas que nos dejan.

El tiempo lo malgastan en recomendaciones baladíes.

—Escribe en cuanto llegues.

—Pierde cuidado; lo haré así.

El esposo, dice:

—Telegrafiamos, es lo mejor; las cartas tardan mucho.

Hablan nerviosamente, no sabiendo cómo espantar ese silencio hostil de las situaciones difíciles. La madre añade, restañándose los ojos:

—Vas á tener frío; debiste ponerte otro traje más recio.

La joven no responde; su pensamiento mariposea lejos de allí.

Uno de los circunstantes dice un chiste que nadie entiende, pero que rien todos.

Una voz, grita:

«¡Señores viajeros, al tren!»

Entonces, las dos mujeres se abrazan y besan llorando; los hombres se estrechan las manos; los labios repiten: «Adiós... adiós...» Y, durante algunos instantes, el dolor de la despedida pone á la sencilla escena un perfil de drama.

Los recién casados suben á su vagón, y varias manos se apresuran á cerrar la portezuela; los que se quedan y los que se van cambian un vivo tiroteo de advertencias, de recomendaciones y de promesas; suenan un timbre, una campana, un pito. El tren rueda...

Ella y él, asomados á la ventanilla, con las cabezas juntas, se despiden agitando sus pañuelos.

—Adiós.

—Adiós...

Después, se sientan. *El* está ufano, y mira sin pestañeos hacia el porvenir. *Ella*, teme; el dolor y la alegría comparten su alma, entristeciéndola é iluminándola alternativamente con sombras de ocaso y fulgores de amanecer. Un hogar ha concluído; otro empieza.

¿Y después?

El tren camina, camina... repitiendo la afirmación desoladora de que, detrás de «todo», siempre queda «otro tanto».

Eduardo ZAMACOIS.

BESOS MORTALES

*Humanidad necia y loca,
refréname en los cariños
y no beses á los niños
inocentes en la boca.*

*Al ver un niño inocente
sigo máximas de sabios,
y no le beso en los labios,
porque le beso en la frente.*

*En su boquita, nidal
en que mora la inocencia,
puede un hombre sin conciencia
imprimir huella mortal.*

*¡Cuántos niños, ¡oh dolor!
existirán que se enfermen
recibiendo impuro germen
de más de un beso traidor!*

*Vosotras, amas de cría,
defended á las criaturas
de tantas bocas impuras
como encontraréis al día.*

*Vosotras, madres dejadas,
al permitirlo sois locas;
¿no sabéis que muchas bocas
son letrinas disfrazadas?*

*Tú, vieja torpe, maldita,
costal de vicios, gazmoña...
no deposites ponzoña
en una tierna boquita.*

*Tú, viejo verde y machucho,
que vives de Venus presa,
cuidado dónde se besa,
porque tú has corrido mucho.*

*Y tú, joven libertino,
que apenas alzaste el vuelo
te vas quedando sin pelo,
ten, al besar, mucho tino.*

*Antes que el beso mortal
en una boca infantil,
dejadlo en la varonil
de un guardia municipal.*

Francisco DE IRACHETA.

ASFODELOS

LEYENDA VENECIANA

Una noche, la infiel esposa y el traidor amigo asesinaron al pobre gondolero, y lanzaron su cadáver al mar.

I

Por la muerta superficie de los tétricos canales en que copian su silueta los Palacios señoriales, roja góndola, entoljada de purpúreos terciopelos, surca un Campo de albas Nubes reflejadas de los Cielos.

En los arcos de los puentes y en las cruces de las rejas, finge el Viento hondos suspiros, dulces besos, tristes [quejas;

II

Mientras él boga, ella besa en los labios al amante, que a la adúltera devuelve la caricia delirante... Van buscando mar abierto, donde, para amarse á solas, ya no tengan más testigos que los cielos y las olas.

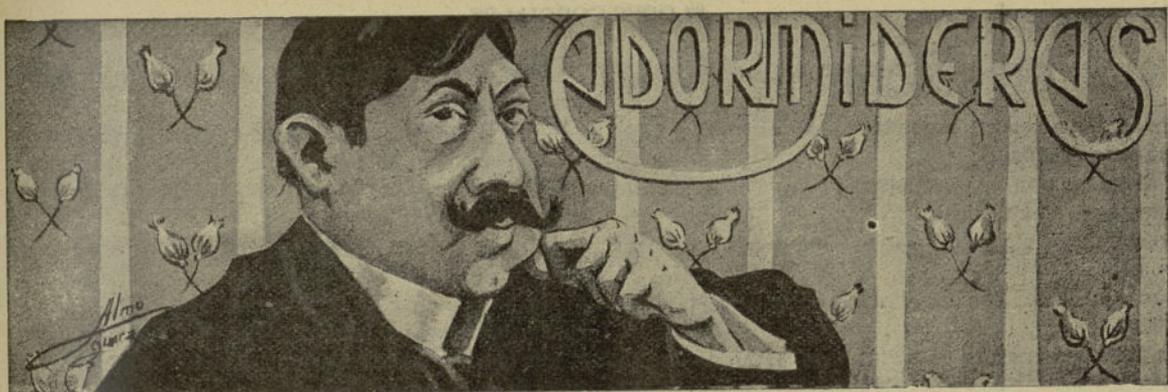
III

Mas la góndola se para, ya distante de la orilla, y no hay fuerzas que la alejen de donde fijó su Quilla. Ellos lívidos, se apartan al Recuerdo traicionero... ¡Desde el fondo de las aguas los contempla el Gondolero!

Rubén CARULLA.



Maura cogido entre la espada y la pared.



Carulla ha soltado de nuevo la musa remitiendo á Granada una obra teatral en verso titulada *Un ebrio curado y convertido*, que representará la compañía Ortas.

Hepodido recoger algunos fragmentos de *Elebrio*, que superan á los de la famosa *Mujer rica*, que tanto regocijo causó, y á la propia Biblia rimada.

El ebrio alude á Osma y tiene toques superiores. Véase la clase:

Sir William Osma es un primo,
primo hermano del racimo.

Cuando la trúpita agarra,
rojo «se sube á la parra».

De tumbo en tumbo ha marchado
en la nave del Estado.

No abandona el timonel,
que es la espita del tonel.

Muy pronto causa de riñas,
se marchará á podar viñas.

Caliente saldrá, caliente,
riéndosele la gente.

Y Maura entonces, alienta,
pues se le va la tormenta.

La apoteosis final es despampanante.
Osma aparece de cabeza en un lagar y grita pi-
diendo telón:

Llego al cabo del camino
nadando, nadando en vino.

La obra dará dinero, y Carulla piensa poner des-
pués la Constitución en octavas reales.

Dicen que Dávila toma mucho aire combatiendo
á la Solidaridad, y se encuentra hinchado.

No sé yo qué le diga
al bravo senador.

Como remedio obliga,
presumo que el mejor
es ponerle á Ventosa en la barriga.

El diputado carlista, señor Díaz Aguado ha pe-
dido que suban la *dotación* al clero parroquial.

Al enterarse las monjas
humildemente exclamaron:

—¿Y por nosotras quién mira,

pobres mártires del claustro?
Subírsela á ellos, no,
que ellos ya están bien dotados.

Varios padres de la Patria, visitaron al señor Besada rogándole la construcción del ramal de ferrocarril de Morata de Tajuña.

Creo que no habrá disgusto,
pues la cosa es natural.
Les hace falta el ramal,
déselo usted, Don Augusto.

Il Secolo, de Milán, da la sensacional noticia de que el marido de Luisa de Sajonia contraerá nupcias dentro de poco con la signora Vaca Tornelli, hermosa viuda de Sparchia, banquero napolitano.

¿Casarse nuevamente?
El sino de ese hombre desconsuela.
Alzado de corona,
Vaca se llama ella...
Encargue, por la vía diplomática,
que lo apadrine Cierva.

«Tánger, 22.

Anteanoche dos ladrones moros entraron en la casa del kaid por una ventana robándole treinta y dos camellos y cinco bueyes.»

Es de suponer que los *cacos*, al salir, se guardarían las treinta y siete bestias entre los pliegues del jaique.

Me ha parecido mal
contra un gobernador la inicua trama.
¡Ir á buscar tantísimo animal
debajo de la cama!

El rey de Bélgica trae de cabeza á su Gobierno. Mientras el Parlamento le dice que vaya á la Corte, Leopoldo II hace así (perdonen el modo de señalar), é invita á los gobernantes á que corten por donde quieran.

El anciano monarca, dueño absoluto del Congo, se gasta el caucho y la goma que saca de aquel rico país rindiendo culto á las bellas francesas.

Si no lo tomáis á broma,
os diré sencillamente,
que si escapa, es, simplemente,
por la abundancia de goma.

Gonzalo DE QUIRÓS.

GENEROSIDAD

He aquí una condición que bien administrada produce un gran resultado.

Entiéndase por bien administrada la oportunidad de momento para su demostración.

Lo que dicen algunos: Tirar á tiempo cinco pesetas vale mucho.

Vamos al decir, con *mise en scene*, y á la vista del público.

La fama de generoso es de las más baratitas que se conocen.

En el tranvía hay verdaderos pugilatos de generosidad, por quince ó veinte céntimos.

Un amigo que os acompaña, ó que os ha vista, llama discretamente al cobrador para decirle: —¡No cobre usted á ese caballero! ó detiene vuestro brazo para impedirlos con un gesto de suprema generosidad que paguéis.

Y vosotros no queréis consentir aquel rasgo y disputáis cariñosamente:

—¡De ningún modo!—interrumpió—. ¡No puedo permitirlo!

Y el cobrador á veces no sabe qué partido tomar ante aquella lucha de dos hombres rumbosos.

Por fin, cedéis, y vuestro amigo completa su liberal acción diciendo:

—¡No vale la pena! ¡Si fuese otra cosa!..

Pero generalmente no pasa de ahí la generosidad.

Porque aún no he visto, ni ¡ay! lo veré, que á primero de mes salga vuestro vecino del cuarto de al lado para porfiar con la portera que no os cobre el recibo, que él abonará los dos.

¡Eso sí sería un bello gesto!, como se dice ahora.

Otro desplante generoso es el siguiente:

—Fulano—dicen—me debe quince duros hace dos meses y no me los paga. ¡Si fuesen mil pesetas se las perdonaría, porque ya se trata de una cantidad respetable, pero hombre, ¡quince duros!..

Y viceversa:

—Zutano me debe mil pesetas y no puedo sacarle un céntimo. ¡Si se tratase de quince duros se los perdonaría, porque con quince duros no es uno ni más pobre ni más rico, pero ¡caramba, mil pesetas!..

Y la única verdad es que á nadie le gusta que le den dinero, ni poco ni mucho.

En los cumplimientos sociales la generosidad llega al colmo.

—¡Qué magnífico solitario—dice un amigo á otro, admirándose de la joya!

—¡Pues está á tu disposición!—contesta con la mayor naturalidad el segundo.

Gracias que el primero sabe ya á qué atenerse respecto del alcance del ofrecimiento y responde con arreglo á lo ya establecido en estos casos:

—¡Gracias, está en buena mano!—porque sabe que su amigo no había de darle la sortija.

Y se comprende.

—Yo si tuviera dinero—exclaman algunos—sería el hombre más generoso de la tierra.

Pero volvéis la vista á los que lo poseen y oís decir muy á menudo:

—He tenido muchos desencuentros en la vida cuando yo no era dueño de una peseta, así que ahora que tengo cinco duros en el bolsillo—esta frase es de reglamento—son para mí.

Y, naturalmente, ante esta declaración ¿cómo vais á fiaros de esas finuras generosas, tan á la intemperie?

No hay que hablar de aquellos que se lamentan de que no los hayáis conocido en una época esplendorosa.

Los que han venido á menos tienen siempre una larga historia de prodigalidades que nadie vió por regla general.

¿Puede gozarse fama de generoso por menos dinero con este sistema?

A tales como á otros les sale la generosidad por una friolera.

Siempre recordaré á un individuo, del que decían sus admiradores que en cualquier juerga el primer duro era el suyo. ¡Y tan suyo! Como que con el intento de gastar aquel duro estuvo qué sé yo el tiempo..

Y á la postre resultó falso.

Luis GABALDON



—Aquí me tiés, piazó de azuquiqui, con tó el zable metío endrento del cuerpo y más firme que un guarda-cantón.

—¿Qué dices, negro mío?

—Pues ná, que lo he vendido y me lo he zorbío en aguardiente.

¡Señoritas... á desencorsetarse!

Max Nordau escribe á *Colombine*, y la dice hablando del corsé de las mujeres, al cual llama instrumento de tortura, sin duda por no hallarse conforme con Rojo Arias, que le llamó artefacto, que es altamente perjudicial para la salud de las que lo usan, según aseveran los médicos.

Dice *max*: dice que el corsé causa los más graves desórdenes en los organismos femeninos—¡ya lo creo, y en los masculinos! . Y digo yo que cuándo causa más desórdenes orgánicos el corsé, si cuando se le ponen ó cuando se le quitan; porque á mí me causa más trastorno cuando veo que se le quitan.

El doctor Max Nordau asegura que el uso del corsé produce *surcos que las ballenas imprimen en el hígado*—que es de donde se extrae el aceite, del hígado del bacalao, y de las ballenas—y en el *estómago; los riñones flotantes*—como velo de desposada en día de viento—; *la dispepsia; las artriciones crónicas*—ilustradas—; *las metritis; las enfermedades de los ovarios*—ó varios de sus padecimientos—; *las consecuencias de la respiración incompleta*—seguida de defunción si se prolonga mucho—; *la detención y cacheo del desenvolvimiento del pulmón; las perturbaciones de la circulación*—quiere decir que se ponen intransitables—; *la esterilidad*—esto es evidente, desde que las mujeres usan corsé, no somos más que cuatro gatos—; *la anemia y el nerviosismo...* y nada más.

Es decir, que según el doctor Max Nordau, el corsé de las mujeres es algo así como el *resumen médico de la semana*, que á su vez es un avance de la estadística demográfica del mes.

El sabio doctor señala en el curso sucesivo de su misiva atinadas observaciones en orden estético, y minuciosas investigaciones del orden histórico, entre las cuales desliza la de que los antiguos no conocían el corsé, con lo cual prueba de una manera irrefutable, que antes de conocerse el corsé, *generalmente* no le llevaba nadie.

Después, dice el doctor, que no hay *nada tan difícil de cambiar como un ideal de belleza aceptado por los pueblos, en la Moda ó en el Arte*—Y añade: *Es necesari-*

rio una nueva educación de la vista, del gusto «de las formas creadas por costumbres seculares»...

¡No, no, no, no! ¡No, Max!

Las formas más seculares de la mujer son las de Eva, y á mí Eva me gusta muchísimo más como me la presentan, sin haber usado corsé, que la más gentil y esbelta *mademoiselle* parisina primorosamente encorsetada...

¡Ya lo creo!

Entre las líneas de la cintura y de la cadera de la Venus de Milo, pongo por Venus, y la muñeca más perfecta de una corsetería, en cuya factura todo se sacrifica á reducir la cintura para que la cadera resplandezca, me gusta más la Venus, y me parece que tengo la vista tan educada como el que más á la estética convencional del Arte y de la Moda. Pues lo mismo que me pasa á mí, respecto de Eva, les pasa á todos los Adanes que, arrojados del Paraíso, andamos por el *pasillo de butacas*.

¡Oh, sí, sí!.. ¡De esto no cabe duda!

Las mujeres se ponen corsé, como se pusieron miriñaque, como se pueden poner polisón, como se pueden quedar encinta, que es una especie de polisón cambiado de sitio; pero pónganse lo que se pongan cuando se visiten, no pueden, á Dios gracias, alterar las formas seculares que tienen cuando están desnudas.

Porque lo más grave—sin contar con los accidentes del puerperio—, y los más atentatorio á la belleza estética del natural, es el embarazo, y sabido es que se trata de una deformación transitoria, la cual se repite con bastante frecuencia en algunos ejemplares, á pesar de usar el corsé *esterilizador*.

Yo me alegraría que las mujeres admitiesen el desinteresado consejo del doctor Max Nordau, porque no me gusta esta moda de sujetarse las medias con unas ligas pendientes del corsé.

Es feísimo; es decir, en la realidad yo no sé como resultará, porque yo he formado esta opinión viendo los maniqués de las corseterías.

Pero estoy viendo que cuando lean los consejos de *Max Nordau*, basta que sean consejos saludables y buenos, para que ellas digan á coro:

—¿Y á nosotras, que *max* nor-dan lo que diga *Max Nordau*?

Félix MÉNDEZ.

LOS INDISPENSABLES

EL TENDERO DE ULTRAMARINOS

Con más labia que *Don Segís*, y cuidado que hace falta hablar mucho para hablar aún más que *Don Segís* habla; con clarísimo talento natural, y perspicacia y un perfecto don de gentes y una paciencia que *pasma*; con una *vista* admirable, siempre con cara de pascua y deseando agradar á todas las parroquianas, ya que parroquianos son muy escasos los que trata, y con una ligereza que el más ligero envidiara, es, de cuantos comerciantes hoy tenemos en España, el tendero *ultramarino*

de los de más importancia. Con sonrisa complaciente y con maneras que encantan, ¿Qué desea usted, señora?, pregunta á las parroquianas. Y en menos de un santiamén diligente las despacha los garbanzos, el aceite, el bacalao, las patatas, el azúcar, las judías, ó lo que las haga falta; y por si acaso la espera pudiera parecer larga, para pesar más de prisa, y acabar antes, no para de dar suaves golpecitos con un dedo en la balanza, en el platillo del género, que inmediatamente baja.

Si es joven la compradora, y además es agraciada, (y si no lo es, lo mismo, pues no se fija en la cara), la dice un sin fin de cosas que la complacen y halagan, *trastadando* muchas veces á las manos las palabras. (Ya sabemos hace tiempo que también las manos *hablan*.) Así prospera el tendero y obtiene pingües ganancias, merecida recompensa con que el público le paga; y así vive muy dichoso merced á sus *circunstancias*, y merced al mismo tiempo ¡al dedito aquel de marras!

Francisco MOYA Y RICO.



LA HISTORIA EN PROSA

Ya no vierte la luna sus efluvios de plata sobre los torneados muros del roquero de Burgos. El astro de la noche huye y se esconde en las tinieblas; el velo ceniciento de las nubes cubre el resplandor de las estrellas, y la ciudad frontera, el *caput castillo*, duerme el sueño enervante de la fatiga en que las zambras, fiestas y torneos la sumieron.

Celos tienen la luna y las estrellas de la princesa mora. Casilda, la hija de Almedón de Toledo, bella como una bendición de Alá, buscó lejos de las márgenes del Tajo la salud perdida, y á Burgos fué pidiendo al aura fresca del Arlanzón color para sus pálidas mejillas.

¡Pluguera á Dios no fuese! Castellanos y pajes, guerreros y donceles, sintieron ante tan salerosa hermosura incendiarse el corazón, sobre el brocado de sus jubones y el acero de sus arneses.

La dulce música del rabel turbó el silencio de los fosos; el canto del trovador quiso trepar los muros hasta las cerradas ojivas del camarín dorado, y no pocas veces el chispear de los mandobles y el ¡ay! de un moribundo, ahuyentó las cornejas de sus nidos en las junturas de las piedras.

No los bien barbados musulmanes del séquito tuvieron que guardarla del amor; guardábase ella y guardábanla sus puros pensamientos, no turbados ni aun por las sedosas calzas de los pajes, lucidoras de líneas é incentivo del pecado.

¡Triste noche la última en que la beldad fué joyel de la corte castellana! Despuntó la aurora sin que el sol besara las almenas dibujando en el suelo de las torres la greca de la sombra, y con las primeras tintas grises de la otoñal mañana despertó Burgos en fiesta, y se agrupó en torno á su castillo y á lo largo de umbroso camino de Briviesca.

Con lucido escuadrón salió Casilda en hacanea blanca á la morisca enjaezada: aljuba azul y rosa bordada en pedrería disimulaba mal las curvas opulentas del busto original, gruesas ajorcas de oro surmontaban los diminutos pies; del airoso turbante colgaba el blanco *izar* que ceñía su túrgida garganta con bullones de gasa y aprisionaba sus cabellos negros en fina redcilla de perlas y topacios.

Caballero gentil, Don Fernando el Primero marchaba á su izquierda, y nobles infanzones portaban las brilladoras riendas del palafren. ¡Adiós, la perla de Toledo, la reina de la hermosura, la bendición de Alá!

Ya vuelve el escuadrón, ya no viene entre ellos la princesa; el relinchar de los corceles avecina la cuadra

del castillo; mas ¿qué nube de polvo se levanta en la llanura? ¿qué son de chirimías trae el viento? Aprieta los jinetes, clavan el acicate en sus bestias y ganan la poterna, que no son de pelea sus arreos y hay que trocar las joyas por la veta de cuero y por la malla.

La nube es un torrente que anega el llano y embiste la ciudad: son moros andaluces de moreno rostro y torvo mirar. Pronto las *algaradas* se adosan á los muros del castillo y juegan los *ingenios*; cruzan el aire piedras y saetas, plomo derretido y pez hirviendo: la horda morisca con ímpetu salvaje abre una brecha, y por ella se lanza cuerpo á cuerpo: las uñas y los dientes despedazan enemigos, los cadáveres se muerden unos á otros; los sitiados, á falta ya de piedras, se cortan sus propias cabezas y las arrojan con furia al sitiador, que ante tal pujanza retrocede, y pier de el recinto.

Pero no son los cristianos gente que con tan poco se contenta, y salen á campo abierto. ¡Santiago! apelan unos. ¡Alhá hacbar! gritan los otros. Y cada golpe de lanza es un

chorro de sangre, cada tajo son diez cuerpos partidos por la mitad.

Brazos terriblemente separados de sus troncos esgrimen la mortífera clava, troncos sin cabeza enristran su lanza, los peones dan vueltas, los aiabales golpean solos, y un inmenso lago de sangre se extiende ahogando en sus ondas á los heridos, que lanzan imprecaciones de rabia y lastimeros quejidos de dolor.

Alp-Asolan, jefe agareno, ve sus huestes próximas al desaliento, y despojándose de sus soberbias vestiduras, se viste la túnica de blanco lino que sirve de mortaja á los musulmanes y grita á sus soldados: «Si ésta no es la tierra de nuestra victoria será el sepulcro mío y de vuestra honra». Y víctima de trescientas heridas todas mortales de necesidad, sucumbe y desaparece en el espumoso oleaje de sangre.

Cuando los victoriosos castellanos juntaron sus dispersos trozos, tomaron el camino del castillo. La noche venía...

La luna, no celosa ya de la belleza de Casilda, vertió sobre las sangrientas ruinas sus efluvios de plata; lucieron las estrellas con más brillo, y allá en el quinto cielo, Agar, el patriarca de los agarenos, lloró su derrota.

Y entonces dijo Dios á Agar: Ven acá, Agar.

Luis BERMUDEZ DE CASTRO



PARODIAS... «VILES»

FOR MIRANDA Y TOVAR

«Doloras» de Campoamor
que, con profundo dolor
de mi alma, la musa go'fa
y errante de «un servidor»
se atreve á poner en solfa.

LA «PRESTACION»

¡Pobre cazadora mía!
¡nunca la podré sacar!
Esto «mi gente» decia
cuando la fui á pignorar.

Mi mujer. — ¡Me ahoga el llanto!
Mis chicos. ¡Hay que sufrir!



Mi suegra. ¡No es para tanto!
Yo. — ¡No volverá á salir!

Mis hijos. — ¡Tenemos ganas!
Mi hija. — ¡Qué hambrones de hermanos!
Rubén. — ¡Las americanas...
para los americanos!

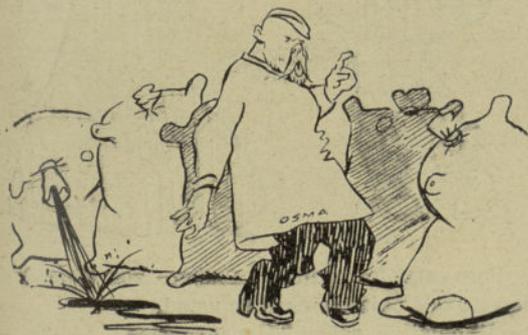
Mi gabán. — ¡Estamos buenos!
Mi chaleco. — ¡Qué quedrás!
«*Mi cuerpo.*» — ¡Una prenda menos!
El prestamista. ¡¡Una más!!...

(Dolora XXXVI. — «La opinión».)

LOS DOS PELLEJOS

En cierta «tasca» un pellejo
de «morapio» me bebí;
mas como el vino era añejo,
la gran «merluza» cogí.

De Maura la continencia,
borracho ya, recordé;
y, por ahogar mi conciencia,



¡otro pellejo «libé»!...
Si el vino es dominical,
la «trúpita» es superior.
¡Bebes un pellejo, y... mall!
¡Te bebes otro y... peor!

(Dolora L. — «Los dos espejos».)

LA... MENTACION

Al Guadarrama subí,
y una acuarela pinté;

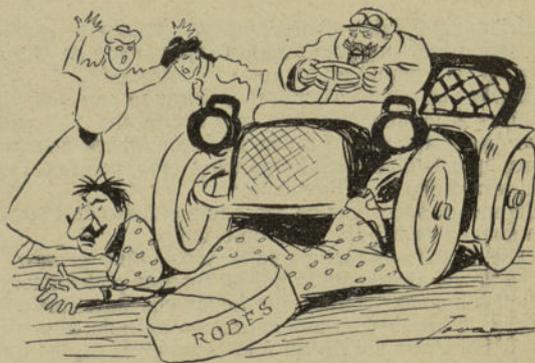


mas luego que la acabé,
al Alto del León me fui.
¡Dejadme, Cambós, allí
descansar *acuarelando!*
¿Qué ganaré perorando
si cuanto más hable, entiendo
que no logro discutiendo
lo que consigo pintando?...

(Dolora LXII. — «La ambición».)

EL MEJOR AMIGO

Cuando Peñalver en pos
de Sánchez fué á «alcaldear»,
su *auto* — ¡castigo de Dios! —
logró á Toca atropellar.



Después que lo trituro,
su *auto* Peñalver tomando,
«con él otra vez cargó»
y huyó de allí murmurando:

Del Concejo en lo profundo,
comprenderán hoy el móvil
de que ande yo por el mundo
cargado con mi automóvil. —

(Dolora LX. — «El mayor castigo».)

Carlos MIRANDA.

CÓMO MURIÓ PANCHO

A *Pancho* le cazaron en las inmediaciones del cuartel de la Montaña. El negro era un golfo redomado, objeto de mofa de todos sus compañeros, que se burlaban de su tez oscura y brillante, de sus manazas grandes é hinchadas y de su cabellera crespa.

La vida de *Pancho*, amarga y pesada, varió por completo desde el día en que un señor, un buen catalán, francote y mal hablado, topó con él.

—¡*Redeu*, esto es lo que *m'hasia* falta! ¡Ni pintado para mi *negosio*!

Su *negosio* era una tienda de café. Necesitaba un *groom*, un chiclelo para recados, y *Pancho* sería una adquisición admirable. Tener un negro, un negro auténtico y de buena figura (todo lo buena que se le puede exigir á uno de esos semisalvajés), había de dar buen nombre al establecimiento.

A los pocos días, *Pancho* se pavoneaba en la tienda con un magnífico traje verde y grana, que le daba aspecto de cotorra. La buena vida produjo en el negro los consiguientes efectos. Su tez adquirió más lustre; sus labios, carnosos y gordos, se fruncían en una plácida sonrisa, y sus ojos brillaban con franca alegría.

El éxito que *Pancho* obtuvo no fué de los más grandes. Verdad que su presencia daba al establecimiento un aspecto aristocrático; pero, en cambio, las doncellitas que iban allí á comprar café, se aterraban al ver aquel grandullón, feo como el diablo y sucio como la tizne, y los chiquillos lloraban y pataleaban mirándole.

Pancho no se explicaba aquello. ¡Caramba! ¿Era él algún *macaco* ó algún fantasma para inspirar tal miedo? El era un infeliz que no se metía con nadie y que tenía para todos una sonrisá de bondad.

A pesar de todo, la buena suerte seguía protegiendo al negro. Una tarde fueron á buscarle los empresarios de un teatro para proponerle un gran negocio.

Se ensayaba una obra de gran espectáculo, con mucho decorado y muy pocos trajes (casi todas las mujeres salían en mallas), y era necesario un negro que saliera luciendo el pecho y las espaldas desnudos; un esclavo recio y fornido, que no tenía que hablar nada, pero sin el cual la farsa no hubiera podido representarse.

* *

¡Cristo, qué éxito el de *Pancho*! Cuando el público vió salir aquel negrazo formidable, desnudo de cintura para arriba, rompió en un aplauso entusiasta.

El mozo se quedó asombrado, mirando con sus ojos atónitos á la muchedumbre que vociferaba en la sala. ¿Por qué le aplaudían? Bueno que aplaudieran á las museres, que estaban bien formadas y eran bonitas. Pero él no era digno de tal ovación.

En noches sucesivas se reprodujo el éxito de *Pancho*, que gozaba su triunfo lleno de orgullo.

Pero no todo es fortuna en la vida. Muy pronto, el negro se vió atormentado por un terrible padecimiento. Aquellas buenas mozas, que lucían sus encantos en la escena, le produjeron una impresión extraña; al verlas, sentía correr un escalofrío á lo largo de la espina dorsal, y parecía que todos sus nervios se crispaban en una contracción violenta. Ardíale la sangre en las venas y sus ojos se abrían, desmesurados, para contemplar las redondas curvas de las artistas.

El público se daba cuenta de los sufrimientos de *Pancho*, y, berreaba, satisfecho, dirigiéndole picantes bromas.

En cuanto á ellas, huían del negro, lanzando chillidos de ratas asustadas cuando tropezaban con el negro entre bastidores. Y en cierta ocasión que él se atrevió á describir á una corista, con su lenguaje dulzón y pausado, todos sus males, implorando á la vez un pronto remedio, recibió una rotunda negativa.

—¡Pues no faltaba más! ¿Qué se habrá figurado este mico? ¡*Puaff*, qué asco!

Y así todas. El negro inspiraba una tremenda repugnancia á tiples y bailarinas. Por nada del mundo se hubieran acercado á él, ni aun para que les pasara las manos por el rostro. ¡Aquellas manazas, tan grandes y tan sucias!..

Pancho se consumía poco á poco. A veces, le encontraban detrás de un telón, dedicado á los más infantiles placeres. Cuando le sorprendían, se marchaba avergonzado y confuso, maldiciendo por dentro su mala estrella y su infame color de betún.

A los dos meses, el negro estaba blanco y hasta un poco descolorido. Su pecho se hundía, y bajo la piel de las espaldas se señalaban los huesos de las costillas. Ya no admiraba al público con su torso de Hércules, y, por fin, una noche que sufrió un vahido en la escena, mientras una artista bailaba una danza voluptuosa, le despidieron de la compañía.

* *

La vida de *Pancho* estaba amargada. Sus labios, cárdenos, dejaron de sonreír, y sus ojos no brillaban alegremente; por el contrario, tenían siempre una mirada de triste desaliento.

Todas las mujeres huían de él, y el pobre mozo tenía que limitarse á comprar postales y libros alegres, que excitaban más sus ardorosas ansias y le dejaban, después de la lectura, extenuado y rendido.

Una mañana despertó con una fiebre terrible. Los dientes le castañeteaban, su mirada vagaba sin rumbo por el cuartucho que en la tienda le destinaron, y sus manos temblaban convulsivamente.

Y así murió *Pancho*. Le mataron las mujeres, que no se arrimaron á él nunca. Le mataron sus deseos, sus locos deseos de amor, nunca satisfechos.

TARTARÍN.

OBJETIVO EXCELENTE



—¡Pero estas fotografías, ¡caballero, son malas y carísimas! ¿Qué objetivo es el de usted?

—¿Mi objetivo, señora? Ganar cuartos.

LOS INÉDITOS

En esta plana insertaremos semanalmente los trabajos de los jóvenes que empiezan á abrirse campo.

HISTORIA DE UN BOTÓN

(CONTADA POR EL)

Señores: Mucha atención que voy mi vida á contar, pues no es del todo vulgar tratándose de un botón.

Como otros cien de mi casta vi la luz en Barcelona; de allí salió mi persona, que hicieron *de buena pasta*.

Tan buena, que Dios es juez de que nunca me he quejado, y aun cuando me *hayan pegado* jamás demostré altivez...

Desde la ciudad condal colocado en un cartón, á la corte, en un cajón, me trajeron por mi mal.

De allí salí una mañana, pero no como un cualquiera pues entré en una *carrera...* para cierta americana

Me hicieron botón segundo, que ser más no conseguí ¡Valgame Dios, siempre fui desgraciado en este mundo!...

Sucedió... que cierto día héroe fui de una aventura que causó mi desventura y fué la desgracia mía.

Recuerdo el lance con miedo; iba mi dueño pensando distraído, y caminando por la calle de Toledo.

Y en contraria dirección venía una madrileña guapa, chiquita y risueña,

con pañuelo de crespón.

Al pasar junto á mi lado me puse la mar de hueco, pero ¡tate! que en el fleco del mantón, quedé enredado

Mi señor, como lo digo, si miró á aquella mujer fué, á mi manera de ver, porque se *enredó* conmigo.

Y al cruzarse las miradas, y ver él sus labios rojos, se dijeron con los ojos una porción de bobadas.

Luego... ¡claro! la siguió, indagó dónde vivía y así un día... y otro día... y al cabo la conquistó

La chula que yo encontré la tal mañana en mal hora, no era más que cantadora de un mal oliente café.

En él las horas pasaba cantando coplas obscenas y devorando las cenas que mi señor la pagaba.

Mas cierto día enfermó, quedó en cama el pobrecillo... Y mientras, hubo un chulillo que la dama le birló...

Cuando al fin convaliente marchaba al café cantante, al pasar ya por delante se detuvo de repente.

Por una de las ventanas vió á la chula en el tablado, y el chulo estaba á su lado contemplándola con ganas.

Y la sangre le quemó su manera de mirar,

y sobre todo el cantar que aquella mujer cantó:

«Tengo que hacer una torre encima de un alfiler y va á tener más firmeza que ha tenido mi querer.»

Comprendió al punto el sentido de la canción popular y renegó del cantar, y hasta de haberla querido.

Cegado por el coraje buscó en el bolsillo, en vano, un arma con febril mano para vengar el ultraje.

Y por no andar á porrazos con rabia me agarró á mí, que á parar al suelo fui, donde me hice mil pedazos,

Allí me quedé en las losas viendo cómo se alejaba .. en tanto que ella cantaba canciones escandalosas...

Y al marcharse del café, cuando estaba amaneciendo, sin verme casi muriendo me dió un golpe con el pie.

¡Ingrata! Gracias á mí aquel hombre la quería ¡el único! y todavía se atrevió á tratarme así..

Por eso, hoy que moribundo y destrozado me veo, que sepan todos, deseo, las gentes que hay en el mundo.

Que piensen que con razón se dice en la lengua nuestra, que basta para la muestra tan solamente un botón.

José SABAU Y ROMERO

EPIGRAMAS

*En inesperada acción,
á un general sanginario,
una bala de cañón
le hizo polvo el corazón...
de un precioso escapulario.*

**

*Al subir en un tranvía,
iba tal la plataforma
que la modista Lucia
entró en un hueco que habia
como un zapato en su horma.*

*Como la ve sin aliento
dice el cobrador Tomé:
—Joven; tiene usted asiento.
Y ella le dijo al momento:
—Mil gracias; me purgaré—.*

**

*Compró el buen Don Manuel
un asno á su hijo Manolo,
y éste se unió tanto á aquél
que en verdad, el asno y él
parecían uno solo.*

E. y J. CHAVES RODRÍGUEZ



—Yo hecho un pillín por esas calles detrás de las muchachas, y á mi mujer la doy esquinazo, dejándola en casa con su primo. ¡Qué sombra tengo!



LAS SEÑORITAS NAPOLITANAS

Seis (1) señoritas gentiles que, consagradas al divino arte, muestran sus facultades al público, no son cosa muy corriente aquí donde todavía la mujer no ha salido de los tiempos muzárabes en cuanto á independencia.

FLORES CORDIALES, recogiendo la novedad, quiere ofrecer hoy á los lectores la fotografía de ese pequeño apostolado que recorre las principales poblaciones y que hace pocos días llegó al Café de la Luna de Madrid.

Detalles de su formación los da el director señor Borsatti, que cursó Letras, dejando los estudios y abrazando la carrera musical en el Conservatorio de Venecia y luego en Florencia, terminándola con brillantes notas, obteniendo diploma en la Real Academia de Santa Cecilia de Roma.

Oigamos á Borsatti:

«La orquesta se organizó en Milán el mes de Mayo de 1899, y tras una breve *tournee* por Italia, pasó á Francia. De allí se dirigió hace tres años á España, y desde Oviedo se trasladó á la corte.

De las diez que componían el conjunto, sólo dos quedaron, viéndose obligado el señor Borsatti á reemplazarlas, tarea no muy fácil, pues si hay muchas que sepan tocar, no todas saben desempeñar virtualmente su papel.

La mayor parte de dichas señoritas, además de la música, poseen instrucción literaria, y son lo que aquí llamamos mujeres de su casa.

(1) Una se encuentra enferma.

Su amabilidad es interpretada erróneamente á veces. Ellas saben, sin embargo, poner punto á los excesos de quienes miden el respeto por la propia educación.

Tienen un repertorio vastísimo. Lo mismo Mozart que Wagner, recorriendo todos los grandes maestros, encarnan admirablemente en las fibras delicadas de las seis almas femeninas, que arrancan al violín, al violoncello, al piano ó á la flauta, indistintamente, notas de arrobadora armonía.»

Hasta aquí el señor Borsatti.

Nuestras impresiones confirman lo dicho.

Al escribir concisamente estas líneas, aspiramos, aparte los deberes de información, á colocar nuestro grano de arena en el edificio de la redención femenina, estimulando á las que caen vencidas en el luchar de la vida por ser estrecho el círculo de la libertad que la sociedad les otorga.

REGALO Á LOS SUSCRIPTORES

EL 10.106

Este es el número de la próxima Lotería de Navidad que FLORES CORDIALES regala á sus suscriptores.

Cuantos se hallen al corriente del pago antes del sorteo, tendrán derecho á la participación correspondiente.

OCIOS

Siendo niño, me decían las gentes, que yo era un potro, por lo duro, por lo sano, por lo fuerte y por lo loco. Pasaron las primaveras y apuntándome ya el bozo,

— ¡Vaya un muchacho de empuje vendiendo salud á chorros!

me decían; y, ya cuando mi testa los blancos copos adornan, suelen decirme, más de una moza y de un mozo,

— ¡Qué bien se conserva usted! .. que es decirme, en buenos modos, á pesar de que cavando va usted al fúnebre hoyo, tira usted del carro fúnebre de la vida, con aplomo.

— ¡Qué bien se conserva usted!.. me decía ayer, Donoso y yo le dije:—Lo siento.

— ¿Qué lo siente usted? Lo lloro, como usted lo llorará,

y como lo lloran otros...

¡Quién fuera Donoso amigo, lo que fuí en mis tiempos, *potro*, el potro de aquellos tiempos, en que me llamaban *loco*!..

Augusto C. DE SANTIAGO

TRAMOYA TEATRAL

Por si no teníamos bastante con el suicidio trágico de *Hojalata* se nos suicidó por fin madame *Buterflay* ¡No podía hacer menos después de desairar á Tancé, que estaba monísimo en clase de príncipe *Yamadori*!

Posible es también que madame *Buterflay* se suicidase por no oír de nuevo *Bohemia* y *Tosca*. Esta *Madame*, última creación de Puccini, que recuerda más que á Puccini á Pucheta, es todo un coro de narcisismo musical. El autor de *Bohemia*, enamorado de sí mismo, se repite más que un manojo de cebolletas y no es extraño que la japonesita se suicide por evitarse esa tortura. Si *Ricordi* no cambia el cilindro á Puccini el suicido resultará epidémico; así no se puede vivir.

Por lo demás, la señora *Storchio*, hizo mal en suicidarse; es una artista que tiene derecho á la vida y de ella podrían aprender mímica y arte escénico muchas primeras actrices por el procedimiento que recomendaba *Quevedo* á los hombres para hacerse seguir de las mujeres: porque se ponen delante. Verdad es que si se suicidasen todas las primeras actrices que no valen para el caso, ¡habría cola á la puerta del depósito judicial!

Los demás intérpretes de la ópera nueva no son la *Storchio* precisamente «pero van bien» y las serpientes

del Paraíso no suicidaron á ninguno; ni siquiera á los faisanes, completamente vivos y gordos que estaban diciendo ¡comedme!

Y ahora ¿nos durará mucho la *Buterflay*? ¡Que *Ricordi* nos sea leve!

* * *

D. Tomás Luceño nos ha resultado á última hora un misoneísta de tomo y lomo y más de lomo que de tomo á pesar de ser de lo más leído de la sociedad de autores; á D. Tomás no le gusta que los pollos se doblen el pantalón y ahuequen el ala y ha castigado esos y otros feos vicios de la humanidad con una satirilla. ¡D. Tomás, que no es para tanto, y sobre todo, que somos muchos los que llevamos el pantalón todo derecho!

En la satirilla hay un alcalde, y el alcalde tiene un ciruelo que es todo un símbolo; ¿no se ha enterado don Tomás de que en Lara pasó ya la época de los ciruelos?

Afortunadamente, el Sr. Luceño no es de aquella época, aunque en ella vivió, y una vez libre de esa satirilla, podrá darnos algún sainete que aplaudiremos con gusto. Si *Homero* dormía de vez en cuando, ¿por qué no hemos de tolerar á D. Tomás una siestecilla? ¡Se dan tan mal ejemplo los próceres allí en el Senado!



Srta. Oria, del teatro de la Comedia.



Sr. Llano, del Teatro Español.

Srta Pilar Pérez, en *La Patria chica*

María Pabou, dada á la tragedia, como podía haberse dado á todos los diablos para representar *La bandera coronela*, no ha vuelto en sí, y en *El niño de San Antonio*, sigue tratando de emular á la gran Sáhara. Para ese viaje no necesitaban en Apolo á Pilar Pérez, trágica baturra que haciendo una *mosita* hubiese estado infinitamente mejor que el maestro Gay saliéndonos inopinadamente por peteneras.

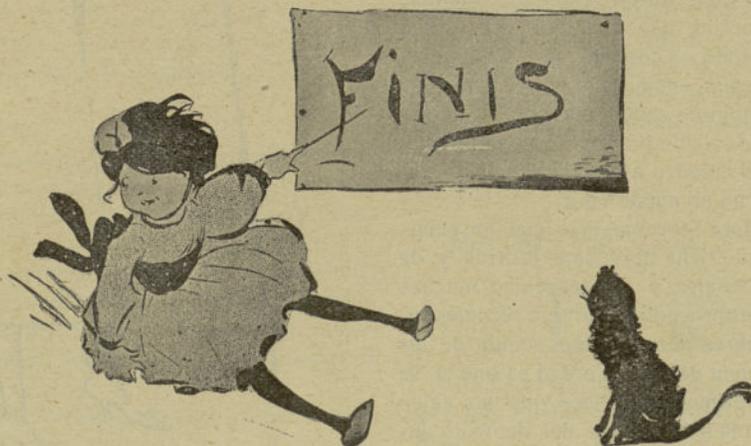
El maestro Gay, en efecto, no sabe exactamente hacia dónde cae la antigua Bética, ni siquiera hacia dónde cae el círculo andaluz, que sería una aproximación, y

viviendo en esa santa ignorancia no hay modo de escribir más que sardanas; ¿y á propósito, puestós á faltar al respeto al Juzgado porque no bailaron allí una sardanita los personajes de *El niño de San Antonio*?

Aquello del Juzgado es un *lapsus calami* del joven Muñoz Seca, que en ese punto no logró dejar los andadores. Afortunadamente lo logró en los demás, y eso bastará para que *El niño de San Antonio*, y robado para mayor virtud, lleve gente á Apolo.

¡Y ya será milagro!

Alejandro MIQUIS



—Siendo así—dijo el capitán—, os ayudaremos con gusto.

Y dirigiéndose á la cuadrilla, exclamó:

—¡Camaradas! Después de almacenar ese botín inútil en la cueva ignorada por los extraños, y así que toméis alimento y descanséis, partiremos nuevamente. Esta excursión no tiene otro fin que obtener algo con destino al Museo de la reina que sea interesante para todos, con objeto de que así puedan quedar en libertad las gentes que en la ciudad de esta soberana padecen encierro en las cárceles.

Poco después de media noche partieron los ladrones acompañados por el extranjero y el discípulo. Cuando hubieron caminado más de una hora, el capitán los hizo detenerse, como era costumbre, para decirles el lugar adonde iban.

—He pensado—dijo—que en ninguna parte habrá nada que nos convenga tanto como en el castillo del gran mago Al-Frammedj. Vamos allá, y saquearemos el castillo.

—¿No habrá peligro en atacar el castillo de un nigromante?—preguntó el extranjero en tono algo intranquilo.

—Desde luego que lo habrá—dijo el capitán—. Pero no somos tan cobardes como para vacilar por peligro más ó menos. ¡Adelante, sin vacilar!

Y toda la cuadrilla avanzó precipitadamente.

*
**

Cuando los ladrones llegaron al castillo del mago, el capitán dió orden de escalar la muralla exterior.

Hicieronlo los ladrones desplegando gran agilidad, menos el extranjero, al que fué preciso prestar ayuda, porque no acostum-

Una ó dos horas antes de la media noche partió la cuadrilla de ladrones, llevándose consigo al extranjero y al discípulo del viejo ermitaño.

Cuando hubieron andado unos kilómetros, el capitán de los bandidos los hizo detenerse para informarles del objeto de la expedición.

—Vamos—les dijo—á robar el Museo de la Reina. Y debemos poner mucha atención en lo que hagamos, pues es este el negocio más importante de cuantos hasta ahora hemos emprendido.

Al oír estas palabras, se adelantó el extranjero, y dijo éñ son de protesta:

—Yo salí de esa ciudad ayer, comisionado por la reina para obtener uno ó más objetos de interés para su Museo, y me parece cosa bastante criminal en mí, volver ahora para robar una institución que, precisamente, he prometido enriquecer.

—Tenéis razón—dijo el capitán después de reflexionar un momento—. Tal acción sería altamente deshonrosa por vuestra parte. Si me dáis palabra de honor de permanecer al lado de esta piedra hasta nuestro regreso, marcharemos sin vos.

Dió el extranjero la palabra requerida, y sentóse en una piedra del camino, mientras sus nuevos compañeros marchaban apresuradamente hacia la ciudad donde el Museo estaba enclavado.

*
**

Nuestro hombre se quedó dormido, hasta que la vuelta de la cuadrilla, un poco antes de amanecer, le despertó. Venían los ladrones marchando trabajosamente, cargado cada individuo con un saco á la espalda.

Uno de los últimos que llegaron era el discípulo del ermitaño que también conducía su carga.

El extranjero quiso relevarlo de tal trabajo, pero el discípulo no lo consintió.

—No quiero—dijo—que crean estos hombres que no puedo hacer lo que ellos... ¡Buen golpe ha sido éste! Hemos barrido aquel Museo, no dejando cosa en su sitio.

—¿Y qué clase de objetos habéis robado?—preguntó el extranjero.

—No lo sé. No encendimos las luces de los salones para que las gentes no se apercibieran de nuestra presencia; pero la luna nos alumbraba lo bastante para que viéramos los armarios y las cajas. El capitán nos dió orden de no examinar nada, sino coger cuanto allí hubiera. Ahora vamos á examinar nuestro botín en la cueva.

De día, y muy claro, era ya, cuando los ladrones llegaron á su antro. Los paquetes que conducían fueron colocados dentro de un gran círculo formado por los hombres aquellos. Hizo una señal el capitán, y los cajones en que estaban encerrados los objetos robados, fueron todos abiertos.

Por un momento, cada individuo contempló asombrado el contenido, y después empezaron á revolver los montones de artículos que habían traído, quedando completamente chasqueados.

—Por lo que veo—dijo el capitán—, no hay en toda la colección cosa que valga la pena.

—¡Verdad es, mucha verdad!—gritaron á coro los ladrones.

—Creo—dijo el jefe después de meditar un momento—, que como estos objetos no nos sirven para nada, debemos, honradamente, devolverlos.

—¡Atol!—dijo el extranjero adelantándose—. No debéis apresuraros en hacer tal cosa.

Entonces dijo al capitán cómo estaban los asuntos en aquella ciudad, y explicó ampliamente la naturaleza de la expedición que había emprendido en pro de la reina.

—Creo que sería mejor—añadió—que por ahora no se devolviera nada de esto. Si disponéis de sitio seguro donde colocar esos objetos, yo lo diré á la reina cuando lo creáis oportuno, para que, si quiere mande recogerlos.

—¡Bien!—dijo el capitán—. Es muy justo que ella costee su parte de gastos en el transporte. Hay una cueva ignorada á uno ó dos kilómetros de aquí adonde podemos conducir estas curiosidades tan poco interesantes que hemos traído. Vos quedaréis al cuidado de todas estas cosas, si es que no preferís volver á la ciudad para cumplir á la reina la palabra de honor que le disteis de regresar á su lado en el plazo de una semana.

Y encarándose con el discípulo del ermitaño, le dijo el capitán: —Y vos, ¿disteis la misma palabra también?

—¡Oh, no!—exclamó el joven—. Para mi regreso no se ha fijado tiempo. Además, me agrada más la vida de ladrón que la de ermitaño; pues en ésta hay siempre más sal y pimienta que en aquélla.

Exigió el capitán al extranjero que prometiera no traicionar á los ladrones, para que pudiera marcharse. Dió nuestro hombre la palabra que se le pedía, pero añadió con pesadumbre, que había perdido tanto tiempo, que temía no poder lograr el objeto de sus pesquisas ni tampoco volver á la ciudad dentro de la semana que dió de plazo á la reina.

BUZON

F. G. T.—¿Quiere hacer públicas las calabazas (mercedisimas) que el 17 del corriente le propinó la *ermosa* y *excoltural adela*? Pues voy á darle por el gusto, insertando su

PRETENSIÓN

yo te declaro mi amor
mas fino que el de cupido
mi celo es de ruiñeñor
y te arruyaré en el nido.

CONTESTACIÓN DE ELLA

Ella me dijo paquito
mil gracias por su hatención
espavilesi un poquito
usted perdone por dios
que en mi no toca su pito.

Y no va más, pues si sigo copiando su réplica nos meten á usted y á mí en la cárcel, sin que nos valgan las influencias del gran cacique hidráulico, su *padre tutor* (?).

Fra-Vergas.—Su «Rápida» es demasiado sentimental y melancólica; aquí queremos flores de alegría lozanas y frescas, no «mustios tallos de plantas abrasadas».

El «invierno» es triste, sí, muy triste para el que aún no haya podido desempeñar la capa.

Acerca de «Los emigrantes», piense en la elocuencia del silencio.

El Hombre de los sueños.—¿Que su composición es aceptable y propia para publicarla con ilustración? ¿Que le digamos lo que podemos pagar por ella?

Hombre, siga usted soñando,
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.

Un principiante.—*Jerez*.—Yo sí que le viviría eternamente agradecido, si en vez de cantares medianos me mandara vino bueno.

Alguno hay bonito, se lo digo sin compromiso, ¿eh?

J. M. S.—Son muchos los que se han quedado como sardinas por abusar de las vecinas en prósa y verso, y sin que vayamos á reñir por la de más, sepa que á *hasarosa* le sienta la que usted le cuelga, como la funda de un violín... al badajo de una campana.

Dos socios.—Tengan calma y esperen turno. Hay original hasta en la carbonera.

R. T.—*Huelva*.

«A la bella Patro.

Al verla por la mañana
semeja una manzana...»

¿Sí, eh? A mí me parece usted un camueso.
Y perdone el fruto.

Martiñano.—*Segovia*.—Ese cuento de la viuda lo sabemos ya desde que Adán murió, dejando á Eva arreglada con el vecino.

Marie Revoir.—Perdón, mademoiselle. Les jeunes franceses que quieren faire mariage, agradeecen molto su ofrecimiento. Mais ils, han venido á buscar mujer española. Creo que vous me habrá usted compregut.

Remigio.—*Madrid*.—No se meta usted con las horchateras, que le van á soltar dos chufas.

J. S. F.—¡Caramba! No cuajan las *Etimologías*. Varie de asunto, á ver. Conste que yo quisiera.

F. B.—El asunto muy gastado, el género ese pasado de moda, el romance largo y en completa anarquía sus asonantes; lo demás, perfectamente.

Poeta de buena raza.

¿Poeta de buena raza

se firma sin vacilar?

¡Usted es una calabaza

de tamaño regular!

M. R. P.—Esa canción no está mal para contárselo al oído á ella; hágalo así, á ver si la convence, deja de luchas y se va á sus brazos. ¡Y que ustedes la gocen!

Occopus.—Guardo «Cantares baturros» para aprovecharlos en parte, si hay ocasión. Las «Quisicosas» van al cesto; algunas son francamente malas; no parecen suyas.

Erato.—¿Romances duelescos? ¡No, en mis días! Además, el suyo es tan poquita cosa...

Helios.—Mande en seguida la firma, que tengo ganas de saber quién es usted.

Momo.—Usted no se moleste en enviarla, que ya sé quién se oculta tras ese seudónimo: *Un memo*.

G.—A su pregunta quedó contestado, y creo que complacido, en el número anterior. Siento no poder aprovechar lo que hoy me envía.

J. M. P.—Su soneto aquí no «cabe»; trate de colocarlo en el abanico de Julia; es el marco donde mejor encaja.

ROLANDO

Los grabados de este semanario, son de Durá y Compañía.

ALQUILERES

CINEMATÓGRAFOS

OPORTUNIDAD

Aparatos casi nuevos, á precios sumamente baratos. Alquiler de películas. Fuster y Alicart, León, 38, 2.º, Madrid.

SOLUCION BENEDICTO

de glicerofosfato
de cal con

CREOSOTAL

Para curar la tuberculosis, brónquitis, catarros crónicos, infecciones gripales, enfermedades consuntivas, inapetencia, debilidad general, neurastenia, impotencia, caries, raquitismo, creolulismo, etc. Frasco, 2,50 ptas. Farmacia del Dr. Benedicto, San Bernardo, 41, Madrid, teléfono 634, y principales farmacias.

FLORES CORDIALES

SEMENARIO FESTIVO LITERARIO

CON TRABAJOS DE LOS MEJORES ESCRITORES Y DIBUJANTES ESPAÑOLES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, SAN ANDRÉS, 19.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre..... 1,50 pesetas.
Extranjero, un año..... 9 francos.

Número suelto, 15 céntimos.

TARIFA DE ANUNCIOS

Cuarta plana..... 120 pesetas.
Media ídem..... 60 »
Cuarto de ídem..... 35 »
Octavo de ídem..... 20 »
Segunda plana..... 100, 50, 25 y 15 »
respectivamente.
Tercera plana..... 90, 45, 20 y 10 »
Anuncios breves.—Línea corriente, 50 céntimos.

COLABORACIÓN

FLORES CORDIALES pagará todos los artículos, versos y caricaturas que inserte de colaboración espontánea fuera de la plana titulada «Los inéditos».

REGALO

Como regalo á los lectores, FLORES CORDIALES publicará, en forma encuadernable y traducidos del extranjero, cuentos de lo más escogido entre los literatos universales, cuentos que tendrán una extensión de 30 ó 40 páginas en 4.º menor.

FLORES CORDIALES, sin reparar en gastos, ha adquirido la propiedad exclusiva de dichos trabajos, que seguramente han de resultar del agrado de los lectores, tanto por la novedad y belleza de sus asuntos, cuanto por el esmeradísimo cuidado con que está hecha la versión castellana.